Florencio Gómez Balcarce

El Cigarro

En la cresta de una loma
Se alza un ombú corpulento,
Que alumbra el sol cuando asoma
Y bate si sopla el viento.
Bajo sus ramas se esconde
Un rancho de paja y barro,
Mansión pacífica, donde
Fuma un viejo su cigarro.
En torno los nietos mira,
Y con labios casi yertos:
-¡Feliz, dice, quien respira
El aire de los desiertos!
Pueda, al fin, aunque en la fuente
Aplaque mi sed sin jarro,
Entre mi prole inocente
Fumar en paz mi cigarro.
Que os mire crecer contentos
El ombú de vuestro abuelo,
Tan libres como los vientos
Y sin más Dios que el del cielo.
Tocar vuestra mano tema
Del rico el dorado carro;
A quien lo toca, hijos, quema
Como el fuego del cigarro.
No siempre movió en mi frente
El pampero fría cana;
El mirar mío fué ardiente,
Mi tez rugosa, lozana.
La fama en tierras ajenas
Me aclamó noble y bizarro;
Pero ya, ¿qué soy? Apenas
La ceniza de un cigarro.
Por la patria fui soldado
Y seguí nuestras banderas
Hasta el campo ensangrentado
De las altas cordilleras.
Aún mi huella está grabada
En la tumba de Pizarro.

Pero ¿ qué es la gloria? Nada;
Es el humo de un cigarro.
¿Qué me dejan de sus huellas
La grandeza y los honores?
Por la paz hondas querellas,
los abrojos por las flores.
La patria al que ha perecido
Desprecia como un guijarro...
Como yo arrojo y olvido
El pucho de mi cigarro.
Las horas vivid sencillas
Sin correr tras la tormenta;
No dobléis vuestras rodillas
Si no al Dios que nos alienta.
No habita la paz más casa
Que el rancho de paja y barro;
Gozadía, que todo pasa,
Y el hombre, como un cigarro.

Las hijas del Plata

Las tiernas hijas del Plata
Más frescas son que las flores;
Sus palabras son amores,
Dulce halago es su mirar.
¡Infeliz quien sus virtudes
Y quien sus gracias no admira!
Más infeliz quien las mira
Y las tiene que dejar!
Ten las alas un momento, No me robes el contento
Manso viento.
Cual la lumbre que de noche
La luna esparce en los cielos,
Nos vierten ellas consuelos
En las horas de amargor.
Y si risueño el Destino
Placeres nos atesora,
Son como flor que en la aurora
Nos embriaga con su olor.
Ten las alas un momento, No me robes el contento
Manso viento.
Sus negros ojos alcanzan
De los amores la palma;
A través de ellos el alma

Se ve cándida brillar.
Como entre arena plateada
Refleja el nácar luciente,
A través de la corriente
Del augusto Paraná.
Ten las alas un momento, No me robes el contento
Manso viento.
Sus corazones abrigan
La pureza de su cielo,
La inocencia de su suelo,
Lo benigno de su Sol.
Al picaflor ellas vencen
En viveza y en donaire,
Y les da la flor del aire
Su fragancia y su frescor.
Ten las alas un momento, No me robes el contento
Manso viento.
¡Pobre de mí que ya nunca
Las veré en playa extranjera!
¡Pobre de mí cuando muera
Sin que me aliente su voz!
Si escribió suertes risueñas
Allá en su libro el Eterno,
También cual noche de invierno
Oscuras las escribió.
Ten las alas, etc.
¡Adiós, estrellado cielo!
¡Adiós, oh río argentino!
Donde me arrastre el Destino
Serán tus hijas mi amor.
¿Cuál habrá entre ellas que un día
Mi oscuro nombre repita?...
¿Ningún corazón palpita
Cuando oye mi triste Adiós?
Ten las alas un momento, No me robes el contento
Manso viento.